

Dossiê: Patrimônio e Relações Internacionais

<https://doi.org/10.34019/2594-8296.2020.v26.31022>

Cabezas y pájaros: la construcción y restitución del patrimonio en Nueva Zelanda

Cabeças e pássaros: a construção e restituição do patrimônio neozelandês

Heads and Birds: the Construction and Restitution of New Zealand Heritage

Manuel Burón Díaz*

<https://orcid.org/0000-0002-1750-0517>

RESUMEN: El patrimonio, los materiales que lo conforman, así como los significados que les damos, no son estáticos; varían con el tiempo y, en su intercambio, dibujan en el mapa interesantes trayectorias. A través del estudio de la construcción, intercambio, exhibición, reclamación y restitución del patrimonio de Nueva Zelanda, analizaremos los caprichosos pero significativos caminos que en la historia recorre el patrimonio cultural. Es el interés de este artículo analizar cómo las recientes demandas de restitución patrimonial suponen un despliegue más en la larga serie de significados que otorgamos a ciertos materiales culturales, subrayando cómo, en la actualidad, la repatriación de ciertos objetos se ha convertido en una importante herramienta de relaciones internacionales.

Palabras clave: Patrimonio. Construcción nacional. Nueva Zelanda. Maorí. *Toi moko*.

RESUMO: O patrimônio, os materiais que o compõem, assim como os significados que lhes damos, não são estáticos; variam com o tempo e, na sua mudança, desenham no mapa interessantes trajetórias. Através do estudo da construção, intercambio, exibição, reclamação e restituição do patrimônio da Nova Zelândia, analisaremos os caprichosos embora significativos caminhos que na história percorre o patrimônio cultural. É interesse deste artigo analisar como as recentes demandas da restituição patrimonial supõem um desdobramento a mais na alargada série de significados que

* Profesor en la Universidad Rey Juan Carlos (URJC) de Madrid. Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid (UCM), ha realizado estancias de investigación en diferentes universidades del Pacífico Sur y de América Latina, referidas al estudio de museos, patrimonio, nación y comunidades indígenas. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra el libro “El patrimonio recobrado. Museos indígenas en México y Nueva Zelanda” (Marcial Pons, 2019). El autor dedica este artículo al profesor Conal McCarthy y a Annie Mercer, quienes tan amablemente le acogieron en Victoria University of Wellington (*Te Herenga Waka*). E-mail: manuel.buron@urjc.es

atribuímos a certos materiais culturais, sublinhando como, na atualidade, a repatriação de certos objetos tem se convertido numa importante ferramenta de relações internacionais.

Palavras-chave: Nova Zelândia. Nação. Patrimônio. Maori. *Toi moko*.

ABSTRACT: Cultural heritage, the different materials that it is made of, as well as the meanings that we give to them, are not static: they change over time, and in their exchange, draw interesting trajectories on the map. Through the study of the construction, exchange, exhibition, reclamation and restitution of New Zealand's Heritage we will analyse the capricious but significant paths that cultural heritage has taken in history. The main interest of this article is to analyse how the recent demands for heritage repatriation represent a new chapter in the long history of meanings that we gave to certain objects. We would like to emphasize how, at present, the repatriation of different materials has become an important tool in diplomatic relations.

Keywords: Cultural Heritage. Nacional construction. New Zealand. *Māori. Toi moko*.

Cómo citar este artículo:

Burón Díaz, Manuel. "Cabezas y pájaros: la construcción y restitución del patrimonio en Nueva Zelanda". *Locus: Revista de História*, 26, n.2 (2020): 210-234.

Introducción

La atención de las ciencias sociales por el patrimonio ha crecido sobremanera en los últimos años. Desde diferentes puntos de vista y bajo la influencia de corrientes como los *museum & heritage studies* (Smith 2007), *material culture studies* (Appadurai 1986) o la *actor-network theory* (Latour 2005) se ha comenzado a delimitar un campo de estudio que ha abierto interesantes horizontes de análisis en el campo de la historia y los estudios culturales. Al poner el foco en el objeto, y en ese conjunto de materiales culturales que denominamos patrimonio, en sus significaciones a lo largo del tiempo, se nos aparecen —nítidamente representadas— diferentes realidades históricas y culturales, mismamente aquellas que lo rodean y dotan de sentido.

La propia definición de lo que consideramos patrimonio ha variado sustancialmente a lo largo de los últimos años. Anteriormente considerado como una simple emanación cultural, como una caprichosa heredad que recorre la historia, en la actualidad no se considera sino como una construcción. Una ligada, además, a la nación política moderna, con sus características cualidades de sustancialización, auto-afirmación o de proyección política que se le supone al patrimonio moderno. Sería precisamente bajo la estela de los estudios sobre construcción nacional (Gellner

1983; Hobsbawm 1991) que se ha constituido una definición, si se quiere, contingente, que no partía de la cultura o el patrimonio como una realidad dada, esencial o inmanente. Como con la nación, la historiografía desvelaba lo que de artefacto político poseía el patrimonio: las comunidades no *legaban* un patrimonio, lo *construían*. Aquella supuesta heredad que constituía el patrimonio no sería más que la elección en el presente, de entre todos los materiales del pasado, de un conjunto de materiales para satisfacer una serie de intencionalidades políticas, económicas o culturales (Graham y Howard, 2008, 2). Era, si se quiere, el mismo proceso que alumbraba la imaginación de las naciones o la invención de tradiciones (Anderson 1983; Hobsbawm y Ranger 1983).

Desvelado lo que de dispositivo político tiene el patrimonio, podemos servirnos de él como una fuente histórica de gran prestancia. Podemos conocer mucho de un tiempo y una sociedad si atendemos a aquellos materiales y tradiciones que son propios, y cuáles se considera ajenos; a cómo son exhibidos; a cuáles son escondidos o apartados, y cuáles de ellos, entre todos, son escogidos como embajadores para representar y simbolizar a la nación. Esta criba o selección no constituye un proceso natural ni determinado, sino que responde a la negociación o enfrentamiento entre diferentes grupos o proyectos políticos, a la imposición y legitimación de élites o minorías, a la cooptación de materiales y tradiciones de diferentes comunidades y, en fin, a los diferentes contextos que se suceden. Una parte muy importante, y quizás no suficientemente atendida, de aquella dialéctica que constituye todo proceso de construcción patrimonial no se desplegaría al interior de las naciones sino hacia el exterior. Como la nación, el patrimonio también se organizó o se construyó *frente* a otros patrimonios —frente al vecino, la metrópoli de la que se independizaban o la religión que no profesaban— siguiendo la lógica dialéctica de todo afán identitario.

El presente estudio analiza el caso de Nueva Zelanda, buscando poner en relieve algunos de los despliegues que han caracterizado las relaciones patrimoniales entre diferentes territorios y comunidades: maoríes y europeos, metrópoli y colonias, o *nation-builders* y coleccionistas. En donde no existía una nación preexistente hubo de constituirse un patrimonio que destacara dentro del marco general de los dominios del Imperio Británico, privilegiándose principalmente dos elementos: la exuberancia natural y la originalidad de la cultura maorí. A través del intercambio, la exhibición de unos materiales o la ocultación de otros, Nueva Zelanda se mostraba al mundo (y, particularmente, a la madre patria británica), combatió su lejanía o su aislamiento frente a un Occidente al que decía pertenecer, atrajo inmigrantes y colocó sus productos en el mercado internacional. Dos son los objetos escogidos para visibilizar este proceso, pues fueron dos de los principales embajadores en este proceso de construcción de una imagen y una identidad nacionales:

las *toi moko* o cabezas preservadas maoríes y el amplio muestrario de ejemplares ornitológicos (el extinto moa, el peculiar kiwi o el bello tui, entre muchos otros).

Las cabezas preservadas maoríes nos permiten entrever la mudable manera en que un mismo objeto puede ser contemplado a través del tiempo, mostrando las tensiones y contradicciones que todo proceso de construcción patrimonial encierra. De objeto sagrado a codiciada mercancía; de grotesca curiosidad etnográfica a severo objeto de demanda diplomática. Coleccionadas con fruición, hoy se las oculta. Representaron primero el exotismo del territorio y la fiereza maorí, para ser prohibido en una Nueva Zelanda supuestamente británica y *civilizada*. Si su fabricación e intercambio respondió a una de las más arraigadas tradiciones maoríes del pasado, la exigencia de restitución se encuentra entre las principales demandas de dicho pueblo en el presente. Contadas siempre entre los más solicitados objetos de exhibición por los museos etnográficos de medio mundo, hoy se las soslaya en cuanto pruebas de un vergonzoso pasado colonial. Dilemas de ética, por tanto, en el delicado campo museológico de la exhibición de restos humanos (Martínez *et. al.* 2014). Pero también de estética, porque dichas cabezas son al mismo tiempo valiosísimos objetos artísticos, en tanto conservan algunos de los diseños y expresiones culturales más antiguos de las islas. Por último, las cabezas preservadas maoríes han protagonizado significativos episodios de contacto cultural y han supuesto un peculiar instrumento de relaciones internacionales.

Y otro tanto sucede con el estudio y coleccionismo ornitológico: de la taxidermia y el intercambio, a la férrea protección y conservación del hábitat natural. Su riqueza ornitológica —de resonancias edénicas— era muestra de abundancia y exuberancia natural, benigna al visitante o al migrante (y no peligrosa como pudiera ser la del vecino y rival australiano). El kiwi será un símbolo de la nación austral, prueba de riqueza, del aislamiento y la originalidad neozelandesas, que ha sobrevivido ante el peligro de las especies invasoras. Es, literalmente, la esencia nacional que ha logrado resistir a la colonización, la aculturación y la destrucción —generalmente foránea— del medio ambiente.

Será interesante comprobar cómo cada cambio del contexto político de las islas resultará en un perceptible deslizamiento en la dotación de sentido del patrimonio (James Clifford lo denominará como “momento taxonómico”, 1988). De territorio ignoto Nueva Zelanda se convertirá en colonia británica; de colonia pasará a *dominio* en 1907; de ahí a una situación de alegada isonomía respecto a metrópolis (según el estatuto de Westminster de 1947); y, finalmente, la independencia *de facto* en 1973 (Belich 1996; 2001). Todos estos jalones históricos —afirmamos— grabarán en el patrimonio sensibles cambios, sucediéndose diferentes concepciones que, agrupadas, parecen trazar una suerte de camino de ida y vuelta: intercambio, coleccionismo,

exhibición, demanda y restitución. El siglo XIX, y parte del XX, puede ser contemplado como un periodo de creación, intercambio y también usurpación patrimonial. Uno paralelo a los desarrollos tanto nacionales como coloniales: un proceso global —y eurocéntrico— de reacomodo y delimitación de los materiales culturales del pasado de acuerdo a los intereses de las modernas naciones políticas. Pero si en la anterior centuria, podríamos afirmar, la lógica patrimonial entre naciones fue principalmente *centrípeta*, a partir de la segunda mitad del siglo XX —y a raíz de procesos como la descolonización, el alzamiento de las políticas de la identidad o la denominada como crisis del Estado-nación— este fenómeno sufriría una suerte de regresión. No sólo las naciones reclamarían buena parte del patrimonio que había abandonado sus fronteras lícita o ilícitamente, también lo harían dentro de los Estados aquellas comunidades cuyos materiales culturales ayudaron a crear un relato de nación (Burón 2019). Si el coleccionismo y el intercambio (y acaso el saqueo) definieron al patrimonio del XIX, la repatriación y restitución definirían buena parte de las lógicas patrimoniales de finales del XX y el XXI.

El análisis que aquí se presenta se ha realizado a través del amplio rango de documentación que el enfoque —de larga duración— requiere: desde fuentes primarias (diarios o crónicas) para indagar en el origen de la construcción de un imaginario y un coleccionismo neozelandés; a fuentes periodísticas, para rastrear cambios en la percepción del patrimonio; también entrevistas realizadas hoy a algunos de los mayores responsables (líderes indígenas, directores y curadores de algunos de los mayores museos) de la actual política de exhibición y restitución patrimonial neozelandesa. Argüiremos que, al igual que la construcción de patrimonio, su restitución —tan en boga en las últimas décadas— no responde simplemente a una *corrección* en su uso o pertenencia (una vuelta a su esencia) sino a un despliegue más en la dotación histórico-contextual de significado. Uno, además, no exento de intereses internacionales y diplomáticos. Dicho de otra manera, si la construcción patrimonial y el coleccionismo fueron procesos profundamente políticos, la restitución patrimonial también lo es, pudiendo ser contemplado no sólo como un fenómeno característico de nuestros días, sino como una importante herramienta de relaciones internacionales.

***Toi Moko*, breve historia de un objeto fascinante**

El patrimonio maorí acaso sea uno de los más conocidos del Pacífico sur y de toda la Australasia. Fue dado primero a conocer por las mediáticas expediciones del Capitán Cook, luego por un circuito de coleccionistas que se alimentaba de los objetos adquiridos por marinos y comerciantes; popularizado después a través de aquel “complejo exhibicionario” de las grandes

exposiciones británicas del XIX (Bennett 1988); y, finalmente, se articularía bajo un relato nacional distintivo y soberano. La constitución de un patrimonio genuinamente neozelandés fue, por tanto, un proceso largo y complejo, realizado primero a la sombra del imperio británico y luego tendente a una progresiva independencia, no alcanzada sino bien entrado el siglo XX. Al contrario de lo que se pueda pensar, los maoríes —pueblo originario de las islas— no fueron ajenos a la constitución de un patrimonio nacional, buscaron involucrarse para ganar, a través del *préstamo simbólico a la nación* de sus materiales culturales, un espacio político inédito entre las comunidades indígenas del XIX (McCarthy 2007).

De entre todos aquellos objetos que más pronto dieron a conocer Nueva Zelanda al mundo, las cabezas preservadas y tatuadas fueron uno de los más significativos y demandados ¿En qué consistían tales cabezas, denominadas en maorí como *toi moko*? Es sabido cómo en las culturas de Nueva Zelanda, la adquisición, posesión e incluso exhibición de restos humanos era común en las islas antes de la llegada de los europeos. La fabricación y uso de las cabezas preservadas para los propios maoríes sin duda respondía a un complejo sistema de pensamiento caracterizado, entre otras muchas cosas, por el poder de la magia simpática, capaz de quitarse, agrandarse o contaminarse por los más variados métodos (*mana*); por atávicas proscripciones que debían ser observadas (*tapu*) y por un sistema de obligaciones rituales y recíprocas, tanto de amistad como de venganza, entre individuos y tribus (*utu*). Entre los maoríes de Nueva Zelanda convivieron muchos ritos funerarios, síntoma de la variedad y la dialéctica que existió entre las propias tribus o *iwi*: abandono ritual del cadáver, cremación, enterramiento, enterramiento oculto (sin duda encaminado a evitar el uso mágico y espurio de los restos humanos del difunto) y, claro está, la conservación total o parcial de los restos humanos por diversos métodos: *koivi* (huesos labrados), *whakapakoko* (cuerpos momificados), o, finalmente, las cabezas preservadas (*toi moko*)¹ (MacMillan Brown 1907, 69). Todos ellos fueron coleccionados en cuanto que curiosidades, a partir del siglo XVIII, desde que la expedición del propio Cook ya diera numerosos ejemplares al naciente British Museum. La preservación de restos humanos en la cultura maorí también podía responder a varios motivos, razón esta de la más clásica división entre los diferentes tipos de cabezas preservadas maoríes. En primer lugar, se podía cortar y conservar la cabeza de un enemigo como trofeo de guerra, para así infamarla y burlarse de ella (*foe toi moko*). Aquello que denominamos como *burla* en realidad jugaba un papel ritual central entre los maoríes, encaminado a transgredir a su favor las fuerzas mágico-religiosas. Edward Tregear, uno de los primeros antropólogos en analizar a los maoríes, describía

¹ Simpson (2001, 178 y s.) propone una clasificación de la colección de restos humanos atendiendo al interés del coleccionista: existirían colecciones arqueológicas de materiales óseos; colecciones de antropología física más relacionadas con teorías evolutivas; y, finalmente, colecciones de artefactos etnográficos o “curiosidades”.

cómo las mujeres colocaban tales cabezas cerca del lugar donde tejían para burlarse de ellas en los intermedios de su labor. O cómo también se las situaba en lugares públicos y visibles para que los paseantes hicieran lo propio (Tregear 1904, 372). Estricta y paradójicamente —aunque muy alejada de la función que luego adquirirían en el museo— se puede afirmar que las *toi moko* fueron creadas para ser exhibidas.

También los maoríes podían conservar las cabezas de sus seres amados para recordarlos o venerarlos. Era este el segundo tipo, denominado como *kin toi moko*. Tregear afirma que era mucho menos común, aunque no raro: “las cabezas de los hombres caídos en combate eran curadas y preservadas. Generalmente se trataban de cabezas de enemigos, aunque en ciertas circunstancias esta costumbre también se extendía a los restos mortales de amigos” (Tregear 1904, 371). Por último, existió un último tipo de *toi moko* que interesa de manera especial a nuestro estudio, pues se trataba de aquel que era adquirido y fabricado *ex profeso* para ser intercambiado con los europeos (*trade toi moko*). Nos encontramos ya ante un *objeto mestizo* —a la manera de Thomas o Gruzinski— capaz de condensar buena parte de las contradicciones del contexto que le dio forma². Las *trade toi moko* vendrían en cierta manera a inaugurar las relaciones e intercambios entre europeos y maoríes, viéndose desde entonces *atravesado* por diferentes significados (la curiosidad etnográfica y la atracción por lo grotesco para el caso de los europeos; lo sagrado, pero también lo lucrativo, en los maoríes). Las tribus neozelandesas pronto descubrieron que, de todo lo que poseían, las cabezas preservadas se encontraban entre lo que los europeos más deseaban. Con ellas podían adquirir un mayor número de todos aquellos objetos que los maoríes, a su vez, necesitaban de los barcos europeos: objetos metálicos al principio y, muy pronto, armas de fuego.

Los marinos europeos —por su parte— atraídos por su exotismo, encontraron en las cabezas maoríes un insustituible souvenir de las antípodas. A través de ellos, los coleccionistas adquirirían una pieza que sin duda se encontraría entre las más buscadas por los visitantes de museos. La obsesión europea por los restos humanos en realidad venía a querer confirmar aquello que ya se creía conocer: la fiereza y la práctica de la antropofagia de aquellos “salvajes” de las islas de las antípodas, uno de los ingredientes más atractivos del éxito editorial que supusieron los viajes de Cook, Bougainville o Lapérouse: “[a]nte la vista [del cuerpo humano] nos conmovimos con horror, aunque sólo era la confirmación de aquello que ya habíamos oído muchas veces desde que

² Nicholas Thomas habla de *entangled objects* aquellos objetos «capaces de romper la oposición entre nosotros y ellos» buscando “algo así como una especie de simetría entre las apropiaciones indígenas de artefactos europeos y el coleccionismo colonial de bienes indígenas” (2009, 5). Serge Gruzinski (2005) por otro lado de *atractores inertes*: como aquellos objetos capaces de “abrir perspectivas que rompen con la visión estática de las culturas —entendidas como totalidades claramente definidas— y hacen hincapié sobre las zonas de contacto, los espacios intermediarios, mixtos que surgen”.

habíamos llegado a la costa” (Cook 1842, 165). Fue el botánico Joseph Banks quien adquiriría lo que sería uno de los principales objetos y símbolos de una cultura que ahora se daba a conocer al mundo: la primera cabeza preservada maorí. Los ingleses tuvieron especial cuidado en seguir la pista a desmembrados cuerpos y huesos limpios de carne hasta dar con el ansiado botín,

Pero ¿dónde están las cabezas? ¿no os las coméis también? De las cabezas, dijo el viejo, solo nos comemos los cerebros y, la próxima vez que venga, traeré conmigo algunas de ellas para convencerlos de que lo que os cuento es verdad (...) y el 20 [de enero de 1770] nuestro viejo cumplió su promesa, trayendo a bordo cuatro de las cabezas de aquellos siete muertos que tanto habían sido objeto de nuestras investigaciones: su pelo y su carne estaban íntegros, pero comprobamos cómo el cerebro había sido extraído; la carne estaba suave, y por algún método había sido preservada de la putrefacción, ya que no emitía ningún desagradable olor. El Sr. Banks adquirió una de ellas, que solo vendieron tras grandes reticencias. No hubo ninguna posibilidad de convencerles de que se deshicieran de una segunda (Cook 1842, 166).

¿Cómo resistirse a la grotesca seducción de un objeto tan peculiar? ¿existía algún espécimen en el mundo que, para el público europeo, contuviera mayores elementos de atracción y exotismo? Tras Cook y Banks, muchos occidentales continuarían recalando en las islas: exploradores, balleneros, madereros... generalizándose el comercio y adquisición de cabezas reducidas durante finales del siglo XVIII y principios del XIX. Es importante comprender que la historia de las *toi moko* neozelandesas no supone algo accesorio o episódico, sino que contiene gran parte de las tensiones del coleccionismo; inaugurando, en cierta manera, las relaciones entre indígenas y europeos. El siglo XIX neozelandés estaría caracterizado en buena parte por una serie de guerras inter-tribales —*Musket Wars* entre 1807 y 1837— uno de cuyos principales objetivos sería el adquirir del enemigo la materia prima para fabricar *toi moko*. Con ellas, las tribus podían conseguir los ansiados mosquetes, que les permitían imponerse a las demás tribus³. A su vez, aquella tribu que poseyera mosquetes podría conseguir más cabezas y, por tanto y de nuevo, más mosquetes: una imparable y violenta vorágine que alcanzaría máximos entre 1820 y 1831, y que tendría como consecuencia la diseminación de tales objetos por las vitrinas de medio mundo,

Antaño la preparación de tales cabezas estaba generalizada; se hacían para vender a los europeos, y era tan grande la demanda, que muchos de aquellos ataques asesinos eran hechos solo en el interés de conseguir cabezas para el mercado; y aquellas que estuvieran más finamente tatuadas, eran buscadas con especial ahínco; ¡en cuántos de los pecados de aquellos salvajes isleños no estuvieron involucrados los europeos! Pocas personas son conscientes del nivel al que llegó tal abominable tráfico, pero, ahora, ha cesado totalmente (Taylor 1855, 324).

En definitiva, las cabezas preservadas maoríes fueron al mismo tiempo correa de transmisión entre las islas y Europa, y una suerte de moneda de cambio en la colonización del territorio. Un fino hilo recorría el mundo entre vitrinas, gabinetes, barcos y las aldeas maoríes, en

³ “El método más fácil para conseguir los ansiados mosquetes era vender *toi moko*. En donde una tonelada de mantas y tejidos costosos de fabricar podían ser intercambiados por un solo mosquete, una sola *toi moko* permitía hacerse con múltiples mosquetes con su munición” (O’Hara 2012, 12).

donde fieras guerras, comerciantes sin escrúpulos y coleccionistas sinceramente interesados, conformaban una suerte de *anillo de kula* puramente colonial. Pero para la década de 1830, el intercambio y colección de tales objetos suponía un auténtico problema en la administración de las islas, así como representaba un mal embajador en la construcción de una imagen amable y atrayente de un territorio que empezaba a tomar la forma de un dominio británico. En el año de 1831 su exportación fue prohibida por considerarse un comercio “inhumano y asesino” (Robley 1896, 179). La búsqueda de la pacificación del territorio y la atracción de migrantes volvía inadecuada la imagen grotesca y salvaje que Nueva Zelanda poseía desde la infortunada llegada de Abel Tasman. Por obra del nuevo contexto que la colonización había aportado, y en el lapso de un siglo, las cabezas habían pasado de ser objetos sagrados a ser mercancía, y, posteriormente, objetos proscritos. No sería el último deslizamiento semántico que tal objeto sufriera.

La prohibición del comercio de cabezas preservadas, aunque temprana, no impidió que durante todo el siglo XIX el intercambio continuara. Este abandonaría en buena parte las aldeas maoríes y los barcos mercantes para trasladarse a los gabinetes, dándose ahora el trueque entre museos o con la llegada de coleccionistas a las islas. Para entonces, las cabezas maoríes ya se habían convertido en un objeto reconocible y característico en los museos etnográficos occidentales⁴. De ello se deriva que, todavía a día de hoy, existan alrededor de doscientos ejemplares de *toi moko* en todo el mundo (y muchos más *koivi tangata* o restos humanos de todo tipo). Paradójicamente, su número en Nueva Zelanda se mantuvo muy bajo: se calcula que en la década de 1930 no habría apenas más de diez. Esto no ha de extrañar si atendemos al hecho de que la construcción de un patrimonio y la constitución de instituciones museísticas sería en las islas muy posterior tanto a la llegada de coleccionistas extranjeros como a la prohibición de comercio y fabricación que impuso el gobernador Darling en 1831. En resumen, y como sucede en gran parte de antiguos territorios de colonización, en Nueva Zelanda la nación es posterior a la colección de muchos de sus materiales culturales. Lo que tendrá, como veremos, importantes repercusiones en las relaciones de Nueva Zelanda con los países de ultramar en lo que respecta al patrimonio.

El *affair* Reischek: auge y caída de un coleccionista europeo

⁴ Para el primer periodo entre 1770 y 1830 ya se encontraban *toi moko* en instituciones como el *Royal College of Surgeons*, el *South Kensington Museum* o el Británico de Londres, el Museo de Auckland y el de Christchurch en la propia Nueva Zelanda, el museo de Halifax en York, el museo de arqueología y etnología de Cambridge, en Plymouth, el Museo de Etnología de Berlín, el *Göttingen Museum*, o en el museo de etnología de Florencia. Según recoge ya el más conocido estudio decimonónico sobre el asunto, el de Horatio Robley (1896, 183 y ss.)

Mientras que el comercio de cabezas preservadas suponía un temprano y delicado episodio de la historia patrimonial neozelandesa, otro objeto neozelandés despuntaba entre aquellos más buscados en las islas: sus pájaros. Es conocido como Nueva Zelanda, debido a su aislamiento, carece de una presencia relevante de mamíferos, lo que ha resultado en una enorme variedad y cantidad de pájaros que, al no disponer de depredadores, resultaron en las más originales variedades. En resumen, Nueva Zelanda es un auténtico paraíso ornitológico⁵. Dado que una parte relevante —al menos cualitativamente— de los primeros occidentales que visitaban las islas fueron naturalistas, las aves neozelandesas también supusieron un temprano objeto de deseo. Con el tiempo, algunas de sus más características especies —principalmente el *kiwi*— devendrían en símbolos nacionales (e, incluso, en un oficioso gentilicio de las islas). Los maoríes, como pueblo originario de las islas, también tuvieron algo que decir al respecto de la temprana atención que entre los europeos despertaron los pájaros de su territorio. Poseemos diversas fuentes en la que se recoge cómo algunas tribus tuvieron sus más firmes reservas a la extraña afición europea por cazar y adquirir ciertos ejemplares,

La veneración [de los maoríes] por cierto tipo de pájaros se hizo evidente tras la siguiente circunstancia. Resulta que algunos de los caballeros [de nuestra expedición] en una partida de caza mataron algunos reyes pescadores; mientras se producía tal excursión, y justo cuando daban caza a alguno de tales pájaros, se encontraron con *Orea* y su familia que andaban paseando con el capitán Cook; el jefe no se enteró de lo que le había sucedido a dicho ave, pero su hija lamentó la muerte de su *eatooa*; su madre, y la mayor parte de las mujeres, parecían también dolidas por su destino; e incluso el propio *Orea*, cuando pasó la noche a bordo, también expresó su deseo, con un aire de gran seriedad, de que no se matara a ningún rey pescador o ninguna garza; eso sí, les permitió, al mismo tiempo, la libertad de matar a cualquier otra especie de ave (*New Discoveries...* 1778, 166).

Si entre los maoríes —podríamos afirmar— era una costumbre asentada la de preservar la cabeza de los enemigos caídos en combate, para los europeos del diecinueve lo fue el cazar y preservar diferentes ejemplares de pájaros. No obstante, la era victoriana fue la era dorada de la taxidermia. Y en este marco, los especímenes neozelandeses fueron muy demandados, considerando a las islas como destino obligado para los ornitólogos del momento. Este interés sería de nuevo aprovechado por una Nueva Zelanda que, en 1847, se constituía como un territorio dependiente pero distintivo de Gran Bretaña. En ese escaparate nacional e imperial que fueron las exposiciones internacionales, el país austral mostraría al mundo tanto su riqueza cultural (esencialmente maorí) como natural (principalmente ornitológica). Existió una política explícita en Nueva Zelanda, territorio “aislado” y “alejado” de Occidente como ningún otro, para, a través del

⁵ Así comenzaba uno de los más conocidos tratados de ornitología neozelandesa del XIX: “Un célebre naturalista ha señalado que ‘Nueva Zelanda es la provincia ornitológica más interesante del mundo’, y en un sentido cualitativo no hay lugar a duda que esto es verdad. El último remanente de un pasado continente, y geológicamente considerado como probablemente el país más antiguo sobre la faz de la tierra” (Buller 1873, iii)

patrimonio, ganar visibilidad. La presencia de artefactos —y en ocasiones ejemplares vivos, tanto de animales como de los propios maoríes— fue una constante que comenzó a definir Nueva Zelanda frente al mundo.

A pesar de que con las exposiciones internacionales se culminaba ese *ciclo patrimonial expansivo* que caracterizó al siglo XIX, a comienzos del XX se impondrían los primeros límites. Las leyes de protección comenzaron a limitar la salida de artefactos maoríes, en una suerte de reflejo patrimonial de la asertividad nacional que se comenzaba a dar en el país. En 1901, con la *Maori Antiquities Act* se prohibió la salida de curiosidades maoríes, aunque no su intercambio. Comenzaría entonces una diplomacia patrimonial mucho más pautada entre museos y académicos, cuyo objetivo era conseguir reunir en el país austral una amplia colección de objetos de diversas culturas, que no era sino un intento de acercar y contener en el país aquel mundo que se sentía tan lejano; aunque para ello tuviera que desprenderse de algunos de sus más originales materiales culturales. Por poner varios ejemplos, en el mismo año de 1901 se intercambiaron objetos maoríes por monedas antiguas entre el *Dominion Museum* y el Museo de San Petersburgo. En 1926, un curador de un museo de Moravia acudía a Nueva Zelanda, en visita diplomática, a realizar un peculiar intercambio: mamuts por objetos maoríes⁶. Thomas Cheeseman, curador jefe del museo de Auckland entre 1874 y 1923 llevó a cabo una intensa labor de diplomacia patrimonial con instituciones extranjeras: una amplia variedad de ejemplares de fauna, objetos etnográficos y restos humanos saldrían de las islas a cambio de especímenes que no se encontraban en Nueva Zelanda (principalmente mamíferos, así como especies foráneas de pájaros (Gill 2010, 135).

Pero quizás el más característico ejemplo de esta etapa lo encarnara Andreas Reischek, un renombrado coleccionista que, en la década de 1880, acudiría a las islas atraído por su riqueza ornitológica⁷. Reunió una considerable colección de objetos relacionados con Nueva Zelanda, tanto de taxidermia como de objetos maoríes (numerosos *taonga* y también restos humanos, entre las que destacaban varias *toi moko*). En realidad, Reischek suponía un arquetipo de hombre de finales del

⁶ “Estoy interesado en cosas vivientes, en tradiciones, en modos de vida. No colecciono fósiles. Existen multitud de objetos maoríes que a mi museo le encantaría tener. Y estoy seguro que nosotros tenemos muchas cosas que no se pueden ver en Nueva Zelanda, particularmente restos de mamuts” (*Auckland Starr* 7-XII-1926, 7).

⁷ En realidad, la poderosa Austria del XIX y Nueva Zelanda habían establecido ya relaciones basadas en el coleccionismo. En 1858 una expedición científica mandada por el Emperador Francisco José había recalado en Auckland. Uno de los geólogos de la expedición, Ferdinand von Hochstetter se quedaría en las islas, a petición del propio gobierno kiwi con el encargo de investigar los depósitos de carbón de los alrededores de Auckland, la ciudad más importante del país y de parte del Pacífico sur. Dos maoríes a su vez embarcaron en el navío de la expedición, el *Novara*, para Austria. Hochstetter volvería a Austria donde seguiría cultivando su interés por la investigación en Nueva Zelanda, convirtiéndose además en el director del *State Museum* de Viena. Estando allí, su colega en las islas Sir Julius von Haast le inquiriría por una plaza de asistente para trabajar en el recién fundado museo de Canterbury en la ciudad de Christchurch. Hochstetter envió entonces a un joven taxidermista llamado Andreas Reischek (*Te Ao Hou*, X-1958, 38).

diecinueve, lo coleccionaba y lo disecaba todo. El número de especímenes que reunió al final de su vida ascendía a 1200, 460 sólo provenientes de Nueva Zelanda (Kolig 1986, 56). Si bien el principal interés de Reischek en Nueva Zelanda eran sus pájaros también estudió a los maoríes, entre los que cultivó excelentes relaciones. Tanto, que tendría el honor de recibir “el permiso especial del rey Tāwhiao para entrar, en un tiempo en que ningún hombre blanco lo había hecho, al interior de sus fronteras” (*New Zealand Herald*, 29-IV-1933, 4). El *King Country* fue una región al oeste de la isla norte de Nueva Zelanda considerada por entonces como territorio exclusivamente nativo, en un momento, además en el que estaban muy recientes las terribles *New Zealand Wars* (1845-1872) en donde los maoríes desplegarían algunos de los ejemplos más notables de resistencia indígena. Quizás el hecho de que fuera extranjero jugara a su favor, y fuera utilizado por los maoríes como un elemento diplomático contra los británicos.

¿Cómo reunió su colección el naturalista germano? Algunos objetos, entre ellos valiosos *taonga*, fueron regalos ofrecidos fruto de sus buenas relaciones, otros los obtuvo con solo el consentimiento de los dueños y otros los compraría de manos maoríes (en ocasiones a muy elevados precios). Pero también excavaría o directamente saquearía sitios y enterramientos maoríes que estaban tabuados, es decir, claramente prohibidos según la costumbre indígena. Y de aquí provendría buena parte de la polémica que se desataría más de medio siglo después. Una Nueva Zelanda ya plenamente independiente no toleraría que reliquias, calaveras y ornamentos conseguidos entre 1879 y 1880 hubieran abandonado el país por los métodos que el propio Reischek detalló en sus memorias,

[C]incuenta años antes no era raro encontrarse cuerpos momificados en agujeros, incluso en árboles, preservados en posición fetal (...) Busqué arriba y abajo, en la montaña y en el bosque, algún rastro de aquellas momias y, por un largo tiempo, no obtuve éxito. Sería en Aratipu, en unas cuevas escondidas, que encontré por primera vez restos de esteras, derrumbadas estructuras, adornos, calaveras y huesos ¡pero no momias! Sólo al final, cuando me adentré en lo más profundo de la tierra maorí del *King Country*, tuve éxito en mi búsqueda. Dos maoríes, que se habían europeizado lo suficiente para renunciar a sus principios religiosos y nacionales, me guiaron una noche a una cueva cerca de Kawhia, donde encontré momias, de las cuales dos estaban en perfecto estado de conservación. La empresa era peligrosa, me podría haber costado la vida. Extraje de noche los restos del lugar y los escondí bien; durante la siguiente noche procedimos a ocultarlos un poco más lejos, y así, hasta que conseguí que estuvieran a salvo, más allá de los límites de la tierra maorí. Pero incluso entonces los mantuve cuidadosamente ocultos de la vista hasta el momento de mi partida de Nueva Zelanda. Ahora aquellos ancestros de los maoríes adornan la colección etnográfica del Museo Imperial de Historia Natural de Viena (Reischek 1930, 215)

Efectivamente, sobre todas las piezas que componían la enorme colección de Reischek destacan dos cuerpos momificados, de un adulto y un niño, tomados de una cueva en Kawhia. Era un claro caso de profanación y saqueo patrimonial. Sin embargo, esto no era tan evidente en dicha época. A finales del siglo XIX, la principal preocupación de las autoridades neozelandesas era haber atendido con suficiente cuidado a un personaje tan importante como Reischek, seguramente

esperando que éste hiciera las veces de embajador allende el mundo. El *New Zealand Herald* calificaba como “increíble que los oficiales del *Auckland Museum* le permitan irse sin ofrecer el debido reconocimiento a los servicios prestados por tal caballero (...) habiendo hecho más por enriquecer los acervos ornitológicos de los museos neozelandeses que cualquiera dentro de la colonia” (*New Zealand Herald* 15-II-1889, 3). De hecho, si algún debate público desató la presencia y partida del investigador austriaco no fue la sustracción de especímenes, sino precisamente que éste hubiera tenido algún percance a la hora de realizar el empaquetado y envío de los materiales hacia Europa. La pérdida en 1888 de una de las maletas que transportaba las muestras sería comentada en la prensa en tono de vergüenza nacional. Sorprende constatar que el gobierno de la colonia estuvo a punto de indemnizar al coleccionista por ello, formándose incluso un comité parlamentario que investigara la pérdida de los especímenes. Este concluiría que “el naturalista austriaco (cuyos fatigosos seis meses de investigación en las más salvajes regiones de la Costa Oeste y la Isla Sur se han quedado en nada por la destrucción de la colección que había enviado a bordo del vapor gubernamental *Stella*) no ha lugar de reclamar contra la colonia” (*Auckland Star* 23-VIII-1888). Pero no era la ignorancia o la ingenuidad lo que convertía a Reischek en un personaje admirado o respetado en Nueva Zelanda, era su utilidad. En un momento que Nueva Zelanda sentía su lejanía, su pequeñez o su dependencia económica frente a la madre patria y al mundo, aquel servía a los intereses de la colonia haciendo de embajador de sus riquezas y tradiciones. Todavía en 1936, incluso después de publicadas sus memorias, un periódico neozelandés hablaba de él un modo inequívocamente elogioso: “por su breve pero enérgica carrera en nuestros valles, Reischek debe ser recordado por esta y por venideras generaciones” (*Press* 28-XI-1936, 28).



Fig. 1: National Library of New Zealand, Eph-A-ROYAL-1901-2-front, Alexander Turnbull Library, Wellington, 1901, “Menú por el cual, en el parlamento neozelandés se recibía solemnemente a los duques de Cornualles en 1901.

Elementos vegetales, el gran pájaro *moa* y decoraciones maóricas como parte de la imagen de lo neozelandés. El patrimonio fue una herramienta diplomática fundamental en el siglo XIX”, <https://natlib.govt.nz/records/22680575>

Reischek no cometió nada ilegal (como hemos visto, no existían todavía leyes de protección de patrimonio para Nueva Zelanda) ni mucho menos algo poco usual para la arqueología de la época, pero sí era una clara violación de la costumbre maorí. Reischek habría literalmente profanado las tumbas de los antepasados de sus anfitriones; y, con ello, habría ofendido a la nación neozelandesa. Si bien esto era cierto, también lo fue que —paradójicamente— si algo distinguió a Reischek frente a otros coleccionistas de la época, fue su aprecio por la cultura maorí y las buenas relaciones que entabló con los maoríes de su tiempo (Kolig 1986, 62.). Se llega incluso a percibir en sus memorias cierto cariz anti-colonialista difícil de encontrar por aquel entonces, incluso en la propia Nueva Zelanda: “...por donde quiera que va el europeo, la naturaleza perece” (Reischek 1924, 82). Otra paradoja es que buena parte de los ejemplares recopilados por Reischek fuera a parar al propio museo nacional de las islas (entonces *Dominion Museum*). Literalmente Reischek había ayudado a comenzar a construir un patrimonio en suelo neozelandés, poniendo en valor y catalogando su riqueza biológica y cultural. Sin embargo, otra gran parte de sus especímenes fue a parar al *Naturhistorisches Hofmuseum* de Viena. Tras la Segunda Guerra Mundial se desataría la demanda de restitución patrimonial. Los modos del coleccionismo decimonónico derivarían pronto en una polémica nacional y en un conflicto diplomático.

No Kiwi for Mr. Churchill: un patrimonio para un solo país

Es bien sabido como las guerras mundiales resultaron en trascendentes consecuencias para numerosos grupos sociales y territorios a lo largo del mundo. Nada fue igual para las colonias, para los indígenas o para las mujeres que habían luchado y trabajado en igualdad de condiciones que las metrópolis o que sus conciudadanos. El patrimonio no fue ajeno tampoco a este cambio. Una concepción más solipsista, acaso menos cosmopolita y, sobre todo, menos colonial, comenzaría a abrirse paso en los procesos de conceptualización patrimonial. Algo había comenzado a cambiar entorno a la sustracción, la colección o incluso *exotización* de los tesoros del país. Al igual que las curiosidades maoríes —y antes con las cabezas preservadas— se comenzó a limitar la captura y coleccionismo de pájaros. La conservación de las especies, el rechazo al término “curiosidad” y un discurso patrimonial ya plenamente nacionalista, comenzaban a abrirse paso en la opinión pública,

Era costumbre 50 años atrás el pensar y escribir de las aves de Nueva Zelanda en términos de rareza o de algo inusual. Mucho se ha hablado del [descenso de] porcentaje de aves no voladoras como el kiwi, weka o kakapo, todas ellas fueron descubiertas y descritas tanto aquí como en el extranjero, y un número innecesario de tales infortunados pájaros fueron dados caza para cubrir las demandas de un comercio de pieles. El comercio cesó, afortunadamente, pero por otras causas menos evidentes el declive de tales aves continúa avanzando (*New Zealand Herald* 26-XI-1938,18)

Es en este nuevo contexto cuando los oscuros procedimientos de Reischek saldrían a la luz, despertando una agria polémica en una opinión pública neozelandesa todavía inflamada por el ardor nacionalista de la Segunda Guerra Mundial. El *affaire* Reischek atrajo mucha atención y, tanto los diferentes líderes maoríes como el propio parlamento neozelandés, comenzaron a elevar sus quejas, en una aunada y decidida acción ya plenamente nacional. Estas se centraban en el modo de sustracción de las piezas —conocido a través de la propia narración del naturalista— aunque ya se podía percibir un fondo de enmienda más amplio que comenzaba a censurar la mera existencia de grandes colecciones de patrimonio neozelandés fuera de sus fronteras. Atrás parecía quedar la situación de cierta inferioridad de Nueva Zelanda respecto a Gran Bretaña o Europa, por la cual un naturalista era recibido con orgullo y complacencia en las islas,

A no ser que hayan sido destruidos por la guerra, la más grande y mejor colección neozelandesa de objetos zoológicos y etnográficos que existe en Europa se encuentra en el *State Natural History Museum* de Viena. Contiene inigualables tallas maoríes y tipos de trabajos de factura nativa desconocidos en el *Dominion [Museum]*, esto es, el museo nacional que todavía conservaba el nombre ligado al dominio británico, a ninguno de los cuales debería habersele permitido abandonar el país. Parte de la colección, particularmente los especímenes etnográficos, fueron obtenidos por franco robo y otros métodos difícilmente menos éticos (*Auckland Star* 8-IX-1945).

Marcado por el final de la Segunda Guerra Mundial el contexto era claramente otro. Nueva Zelanda había ayudado, fielmente bajo mando británico, a liberar Europa. Era especialmente ominoso para el orgullo nacional que Austria —según ellos una de las principales causantes de la conflagración— conservara un patrimonio que, en realidad, *no le pertenecía*. “Es deber del gobierno [afirmaba un diario neozelandés entonces] traer de vuelta lo que con desvergonzada franqueza fue descrito como ‘rico botín’ por Andreas Reischek, el austro-alemán [sic] que lo reunió” (*op. cit.* 8). El tono anti-germánico de las numerosas columnas de opinión de la época confirmaba que se trataba al mismo tiempo de un asunto de orgullo nacional y de relaciones internacionales,

Uno puede comprobar la típica cerrazón romántica alemana en la manera en que describe [Reischek] la profanación y el mal hecho a la buena gente que había confiado en él, permitiéndole vagar sin restricción por sus reservas indígenas. Ninguna intranquilidad al respecto parece recorrer su pensamiento; sólo el placer merecido de haber tenido éxito con su deshonesto artimaña (los alemanes de aquella generación habrían sido felices si hubiera funcionado el esquema de Hitler) (*Auckland Starr* 1945, 8).

El conflicto había despertado un nacionalismo dormido en Australia o Nueva Zelanda, dos territorios hasta entonces tan alejados de los asuntos internacionales como ocupados en urgentes cuestiones internas como para desarrollar un sentimiento diferenciado de la mera imitación británica. Ahora Nueva Zelanda se atrevería a poner sobre la mesa en los tratados que siguieron a la guerra, la exigencia a Austria, a modo de contraprestación bélica, de la devolución del patrimonio

sustraído por Reischek. Así avivaba la polémica un diario australiano en fecha tan temprana como 1946,

La historia se remonta a muchos años atrás. Un naturalista austriaco de nombre Andreas Reischek se sirvió de sus buenas relaciones con los naturales para adentrarse en el *King Country*. Sobornó a dos maoríes para que le mostraran dónde se encontraba una cueva donde se hallaban, enterradas, las momias de prominentes jefes maoríes. Regresando en lo más oscuro de la noche, el austriaco hizo una selección de unos pocos cuerpos y muchas calaveras y, con éxito, las sacó subrepticamente del *King Country* y de Nueva Zelanda hacia Viena. Reischek había llegado a Nueva Zelanda en 1877, fue en 1882 cuando cometería el robo. Era un gran insulto al rey maorí y a los jefes de aquel tiempo y todavía hiere a los descendientes de hoy (*Smith's Weekly* 27-IV-1946)

Aquel intento de repatriación patrimonial —bastante insólito por entonces— no llegaría a prosperar. Los esfuerzos de la prestigiosa *Polynesian Society* para que fueran devueltos los objetos de Viena, no encontraron todo el apoyo necesario. Poco después, en 1948 sí se conseguiría la repatriación, vía compra, de la importante colección de *toi moko* de William Oldman (Neich y Davidson 2004). Comenzaba a vislumbrarse un cambio en el sentido de la proyección del patrimonio: de centrífuga a centrípeta, esto es, de permitir, alentar e incluso utilizar diplomáticamente el patrimonio como capital simbólico en las relaciones con otras potencias, a evitarlo primero y, seguidamente, a enarbolar su repatriación como demanda diplomática. Un cambio que incluso afectó a las relaciones con Gran Bretaña, si atendemos a la siguiente anécdota. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial se sugirió la posibilidad de enviar, en calidad de máximo presente diplomático, un kiwi —la peculiar ave, convertida en símbolo de Nueva Zelanda— al mismísimo Winston Churchill. Existen pocos gestos a través de objetos que pudieran resultar más significativos. Era, literalmente, entregar parte de la esencia del país. Una suerte de “diplomacia del panda” austral que no llegó a buen puerto, pues levantaría tan grande oposición que no solo fue rechazada, sino que aceleró la prohibición de exportar tanto kiwis como cualquier tipo de curiosidad o reliquia maorí (*Northern Advocate* 5-IX-1946, 5). “Ningún kiwi vivo abandonará Nueva Zelanda para ir a ningún zoo privado, ni del Sr. Churchill ni de nadie”, afirmó el a la sazón ministro de interior Bill Parry, al mismo tiempo que se prohibía la salida de curiosidades maoríes⁸.

⁸ La ley de patrimonio neozelandés (*Maori Antiquities Act*) provenía de 1901 pero se permitían e incluso se alentaban ciertas exportaciones con el fin de intercambiar objetos con museos de ultramar. En la conferencia de representantes de museos de Nueva Zelanda en 1926 se concluyó que “export should be allowed under supervision, partly to facilitate exchange with foreign museums and partly to encourage Maoris in the pursuit of their old-time crafts” (*Auckland Starr* 3-XI-1926, p. 3). Ya se había dado alguna devolución patrimonial, siempre con motivos diplomáticos, entre Londres y Wellington. En 1934, por ejemplo, el *British Museum* intercambió (no se utiliza todavía la palabra *devolvió*) tres importantes piezas al entonces denominado como *Auckland War Memorial Museum*.



Fig. 2: Ashbutron Guardian, 1946, “Tras la Segunda Guerra Mundial aumentó exponencialmente el sentimiento nacional neozelandés, lo que tuvo un rápido reflejo en la concepción y protección del patrimonio. Fragmento de noticia de un periódico neozelandés de 1946 donde se da cuenta de la negativa popular a seguir utilizando el patrimonio neozelandés, pájaros y *curiosidades* maoríes, para fines diplomáticos”, 5-IX-1946, n. 278, 5, Paper Past. National Library of New Zealand, <https://paperspast.natlib.govt.nz/newspapers/AG19460905.2.68>

Se cerraba casi herméticamente la salida del patrimonio neozelandés hacia el mundo, un flujo que había sido dominante durante el siglo XIX. Quedaba un último despliegue en este camino de ida y vuelta patrimonial. De la colección se pasaría a la demanda, y de allí a la restitución efectiva. Se puede afirmar que algunos de los más constantes esfuerzos diplomáticos llevados a cabo por Nueva Zelanda desde finales del siglo XX estarían encaminado a la restitución patrimonial. A partir de los años setenta, en un clima de desconexión con Europa y de reconocimiento de derechos de los pueblos originarios, se comenzaría a conseguir la devolución de objetos patrimoniales.

De la *constitución* a la *restitución*: la devolución patrimonial como reclamación indígena y como herramienta diplomática

Hemos visto cómo el coleccionismo de especímenes naturales y curiosidades indígenas fue una constante a lo largo de la historia de la expansión europea en el mundo. Aquellas colecciones formadas a lo largo de varios siglos, en la confluencia de tan diferentes trayectorias, comenzaron a ser cuestionadas y escrutadas a finales del siglo XX. Un nuevo y último cambio haría que muchos de los objetos significativos de Nueva Zelanda comenzaran a ser contemplados no ya como grotescos especímenes, curiosidades etnográficas o como símbolos nacionales, sino como pruebas de una dominación colonial que se debía superar. El saqueo y cooptación del patrimonio no habrían respondido sólo a puntuales actuaciones, llevadas a cabo por coleccionistas extranjeros sin escrúpulos: la propia construcción de un patrimonio neozelandés podía ser contemplada como un

acto de dominación en sí, uno especialmente dirigido contra las poblaciones indígenas. En definitiva, el coleccionismo devenía en un correlato del colonialismo. Así se desprende de las palabras de la actual curadora jefe maorí del museo nacional de Nueva Zelanda (*Museum of New Zealand Te Papa Tongarewa*) cuando afirma: “[m]uchas de sus colecciones se habían formado con propiedades robadas, poseyendo tesoros que habían sido requisados, directamente, a punta de pistola. Y supongo que muchos otros se conseguirían a través del miedo, como botín de guerra” (Entrevista a Rhonda Paku 1-XI-2012).

Pero para llegar a este copernicano giro en la apreciación del patrimonio maorí, hubo de producirse un importante giro en la historia y la política del país. En los años setenta confluían diferentes fenómenos. La entrada de Gran Bretaña en la Unión Europea fue contemplada por Australia y Nueva Zelanda como una traición de la madre patria, que supondría el fin efectivo de la dependencia respecto a la antigua metrópolis. Por otro lado, el movimiento indígena maorí arremetía: protestas como la “Marcha por la tierra” (1975) o la toma de “Bastion Point” (1977) denunciaban la situación de marginación de los maorís en la sociedad neozelandesa. Lo cual dio lugar a una suerte de nuevo pacto nacional en donde la cultura maorí tendría un papel preminente, incluido en el campo de los museos en donde curadores indígenas comenzaron a ser más y más habituales. A la sombra del Tribunal de Waitangi se comenzó un proceso de restitución histórica hacia las poblaciones indígenas, que incluyó desde una petición formal de perdón por parte de Gran Bretaña, devolución de tierras a las tribus, hasta el reconocimiento oficial del idioma y las ceremonias maoríes. Todo ello, claro está, tuvo su repercusión en la manera en que se contemplaba el patrimonio nacional. En primer lugar, el elemento británico, antes componente central de la sustancia nacional neozelandesa, ahora no sólo dejaba de ser pertinente, sino que comenzaría a percibirse como foráneo. Como en toda independencia, la identidad kiwi comenzó a definirse frente al elemento cultural metropolitano y a volver su mirada hacia el alma indígena del país. Como apuntaba un conocido intelectual maorí: “[n]o aceptamos seguir considerando al Capitán Cook como el descubridor de Nueva Zelanda” (Entrevista a Te Taru White 19-XII-2008).

Como síntoma de que algo estaba cambiando, la exhibición de algunos objetos maoríes comenzó a resultar incómoda. Fueron las *toi moko*, en su condición catalizador de buena parte de las tensiones de la historia neozelandesa, el primer objeto en el que se percibiría el nuevo contexto: comenzaron progresivamente a dejar de exhibirse. En 1986, una de los más conocidos ejemplares presente en las islas sería retirada “por motivos de conservación y culturales” (*Whanganui Chronicle* 12-V-1986). Se ocultaba ahora aquel objeto por el que, sólo unas décadas antes, las mismas instituciones tanto esfuerzo habían gastado en adquirir y en poder exhibir. Dion Peita era entonces

uno de los más conocidos expertos maoríes en museos y narra el momento en el que los restos humanos comenzaron a resultar incómodos o inapropiados para su exhibición,

Había aquellas viejas vitrinas *Carnegie*, donde normalmente tenías numerosos materiales ‘arqueológicobarraetnográficos’ tirados por ahí, polvorientos, realmente nada atractivos, pero en aquel tiempo, supongo, uno estaba interesado en cualquier trabajo que se asemejara a la manera de hacer de Indiana Jones. Existía una pareja de... bueno, en el Museo de Auckland, lo denominaban como el ‘Hall of Men’ y ahí había un sarcófago y justo a su lado un pequeño recipiente que contenía un feto y podías ver aquellos [inaudible] restos. El interior de aquel recipiente siempre me impresionó. Cada vez que visitaba el museo tenía que ir a verlo. Pero después de un tiempo, una vez ya convertido en empleado [del museo] noté que había sido retirado del ‘Hall of Men’ por razones que desconozco, pero sin lugar a dudas para no ofender a algún grupo de la sociedad (Entrevista a Dion Peitia 7-I-2009).

La reorganización y la reinterpretación de los materiales culturales en exhibición dentro de la propia Nueva Zelanda fue radical (McCarthy 2004). Pero no lo fue menos de cara al exterior. Una palabra comenzó a ser habitual en el campo de los museos y en la disputa entre naciones: restitución o repatriación. Entendida como “el retorno de un objeto de patrimonio cultural de una colección en un museo a una parte encontrada como verdadera propietaria o guardiana tradicional, o sus herederos o descendientes” (Legget 2000, 29)⁹. El proceso de restitución patrimonial daría pie a una labor diplomática tan activa como lo que había demandado el coleccionismo internacional un siglo antes; si no más, al dibujarse la cuestión como una restitución histórica y como una enmienda al colonialismo. Esta labor se realizaría a través de una nueva y flamante institución que buscaba visibilizar la nueva nación neozelandesa: el Museum of New Zealand Te Papa Tongarewa (1998). Por supuesto, el museo no era enteramente nuevo en cuanto a contenidos: toda una sección se dedicó a exhibir la riqueza natural del país (denominada como *Papatūānuku* o madre tierra) con especial atención —claro está— a los pájaros; mientras que otra estaría dedicada a la cultura maorí. Una tercera —de menor atractivo— a los *Pakeha*, palabra maorí para referirse a la población de origen europeo. La verdadera innovación en el museo estaba en el modo en que se gestionaba. El patrimonio maorí sería manejado casi en exclusiva por las propias tribus, tratado y exhibido según sus propios protocolos culturales. Esto incluía muy especialmente los restos humanos, de los que los maoríes poseerían la “exclusiva autoridad [*kaitiakitanga*] para el manejo de los restos humanos de sus ancestros” (Te Rūnanganui o Tahu 1993). Por supuesto, una función muy importante de

⁹ La repatriación atañía especialmente al traslado de restos humanos, considerada en todo caso inapropiada tanto su exhibición como su posesión. En 1989 se publicaría la *Policy of Human Remains*, aprobada por el denominado como Comité del Museo Nacional de Nueva Zelanda (un año antes que la estadounidense “Native American Graves Protection and Repatriation Act” del año 1990, modelo de muchas posteriores). Así lo explicaba el Senador Daniel Inouye, uno de los responsables de tan decisiva ley: “La exhibición de restos humanos en museos o sociedades históricas no corresponde nunca a restos óseos de soldados de raza blanca, no son los restos de los primeros colonos europeos que arribaron a este continente los que yacen en las vitrinas. Son restos indios. El mensaje enviado al resto del mundo es que los indios son física y culturalmente diferentes —e inferiores— de los no indios. Eso es racismo” (citado en Butts 2002, 58.)

dicho museo sería la de la búsqueda de repatriación de aquellos “tesoros culturales” (*taonga*) que nunca debieron abandonar las islas y que, se consideraba, pertenecían a las tribus. Todo un departamento se ocuparía exclusivamente de *repatriar* restos humanos, con especial atención a las cabezas preservadas, consideradas ya no como objeto sino como *tūpuna* (ancestros). Los esfuerzos diplomáticos en cuestión patrimonial ya no estaban dirigidos a reunir una significativa colección de objetos de todo tipo y lugar, estaba encaminada en traer de vuelta a todos aquellos objetos tribales (y nacionales) que nunca debieron abandonar las islas. El patrimonio —*toi moko* dentro de él— comenzaba un camino de retorno que puede ser considerado en sí mismo como una alegoría de una descolonización simbólica y patrimonial. El “Karanga Aotearoa Repatriation Programme” del nuevo museo nacional se encargaría de localizar y, a través de una labor diplomática guiada por los propios maoríes, a conseguir su repatriación. Así explica la labor su anterior directora maorí (*Kaihautu*) Rhonda Paku: “Es lo que estamos haciendo ahora mismo, proveer de recursos el Programa de Repatriación, pero sólo para el regreso de restos óseos o restos humanos, de maoríes y morioris, de nadie más que de ellos; y este es un proyecto que comenzó hace muchos años” (Entrevista a Rhonda Paku 1-XI-2012).

A partir de entonces se han repatriado multitud de restos, produciéndose tal labor de “una manera cooperativa y discreta, con los maoríes en buena medida gozando del control del proceso, a diferencia de otros países en donde tales acciones han gozado de gran publicidad, debate y antagonismo” (Hole 2006, 3). De hecho, el gobierno neozelandés volvió a la carga, en una visita diplomática a Viena, para conseguir traer de vuelta la colección de Reischek. De nuevo, sin éxito. Aunque en 1985 sí se conseguiría el retorno de una de sus famosas “momias” (O’Hara 2012, 16). Una duda, que era todo un dilema cultural, surgía entonces ¿qué hacer con las cabezas preservadas maoríes una vez devueltas? ¿eran restos humanos y debían ser enterrados y por tanto destruidos? ¿o eran objetos artísticos debido a sus finos tatuajes y al complejo proceso de preservación y por tanto debían ser conservados, pero no exhibidos debido a su delicada naturaleza? En dicho museo se habilitaron espacios, a medio camino entre el espacio museístico y el santuario religioso, denominados como *wāhi tapu*, lugares sagrados en donde se recibía y trataba a dichos artefactos con el sumo respeto de un lugar funerario. De nuevo —como en las cuevas de Tawhia en donde un siglo antes se adentrara Reischek— espacios profundamente tabuados, cuya entrada estaba restringida incluso a los *kaitiaki* o responsables maoríes. “Nuestro almacén o santuario de restos humanos es responsabilidad exclusiva del *Karanga Aotearoa Repatriation Programme*. Cualquiera que desea entrar en dicho espacio, que necesite acceder a él necesita elevar una solicitud y conseguir permiso [de las *imū*] Incluso yo, si necesitara entrar, debería pedir permiso” (Entrevista a Rhonda Paku 1-XI-2012).

Las indagaciones para averiguar qué objetos abandonaron las islas, desandando el camino que antaño siguieran, se realizan con constantes consultas, también para preguntar sobre cuál debe ser el destino final de la pieza conseguida o repatriada: almacenarla, enterrarla o devolverla a la tribu. Así lo explicaba uno de los *kaumātua* o anciano consejero del departamento de repatriación del museo, Mr. Te Kanawa Pitiroi,

[El problema] son los restos humanos de los cuales no sabemos su lugar de procedencia, si no poseemos ninguna información intentamos inquirir de dónde pueden provenir. Así que procuramos facilitar conversaciones con las tribus de la siguiente manera: ‘si no sabemos de dónde provienen, mirar quién nos puede aconsejar al respecto, si debemos enterrarlo, dónde encontrarle un lugar de descanso, sobre esto suelen versar las conversaciones [con las tribus] sobre localizaciones de restos, sobre dónde enterrarlos, si en la Isla Sur, en Wellington o quizás en un mausoleo aquí en el Te Papa (Entrevista a Te Kanawa Tipiroi s.f.)

¿Suponía esta nueva política cultural, en lo que de *restitución* histórica tiene, una enmienda a la construcción del patrimonio nacional y una renuncia a su función diplomática? No, si al menos atendemos a un último caso específico, referido a la devolución de diversas *toi moko* desde la localidad francesa de Rouen en el año 2011. Una devolución particularmente significativa por varios motivos: suponía el inicio de una política exterior francesa que, desde entonces y hasta hoy, utilizará la devolución patrimonial como herramienta central en sus relaciones exteriores. Una política con el claro objetivo de limpiar una imagen exterior demasiado relacionada con el colonialismo. Y que estaría especialmente dirigida a dos de sus principales espacios de influencia: el Sahel y el Pacífico sur (Sarr y Savoy 2018). La devolución del *toi moko* en 2011, además, causaba un precedente legal y diplomático en Francia, un país especialmente celoso de lo público y, por tanto, del patrimonio. Fue, de hecho, la primera devolución ordinaria de patrimonio realizada desde Francia, sentando un precedente sembrado de muchas consecuencias. Francia originalmente consideraba a los *toi moko* —con justeza— como objetos culturales y no sólo como restos humanos, y por tanto inalienables a la nación francesa. Sin embargo, algo hizo cambiar a la Francia de Nicolas Sarkozy su restrictiva política patrimonial, introduciendo un cambio legislativo *ad hoc*, específico para tal objeto, decretando que “les têtes maories conservées par des musées de France cessent de faire partie de leurs collections pour être remises à la Nouvelle-Zélande” (Ley n. 2010-501 18-V-2010). Dos años después, el 23 de enero de 2012, el ministro de cultura francés, Frédéric Mitterand, daba un solemne discurso en el propio Museo de Quai Branly a propósito de la ceremonia de repatriación hasta ese momento de veinte *toi moko*, afirmando que nunca más serían considerados como objetos de coleccionismo, facilitando su descanso en lugares sagrados. Tales repatriaciones —aplaudidas por la UNESCO— según Mitterand, demostraban que Francia y Nueva Zelanda participaban de un compartido diálogo intercultural.

¿Qué había sucedido para que Francia introdujera una enmienda a su propia legislación y accediera a la devolución a las tribus maoríes aquellos antiguos y preciados objetos o restos humanos? ¿Nos encontramos ante un caso de restitución histórica —esto es, una *vuelta* a la situación original de un patrimonio al volver este a sus legítimos poseedores— o sólo ante acto diplomático más en donde el patrimonio se utiliza como herramienta de relaciones exteriores? ¿Ante un insólito y definitivo acto de *restitución* o simplemente ante un nuevo despliegue en la *construcción* patrimonial? Desde el punto de vista de Francia, la devolución patrimonial se ha mostrado como una de las más efectivas herramientas de *soft power* en aquellas zonas en donde despliega su condición de potencia regional: el Sahel (a través del conocido caso de los objetos de Benin) y el Pacífico Sur (principalmente las *toi moko*). No hay que olvidar que Francia es estrictamente vecina de Nueva Zelanda a través de los territorios autónomos de la Polinesia francesa. Más aun si tenemos en cuenta que la imagen de la potencia gala en el Pacífico no gozaba de muy buen momento tras las pruebas nucleares de Mururoa y, sobre todo, después de la explosión del *Rainbow Warrior*, el famoso buque de *Greenpeace*. Un incidente y una mácula exterior francesa, equiparable a la de Argelia respecto a África, primer atentado terrorista sufrido en suelo neozelandés, calificado, de hecho, como un flagrante caso de “terrorismo de Estado”. La devolución patrimonial redundaría así en la proyección de una imagen exterior alejada de toda querencia colonial. Tras el incidente dado en el puerto de Auckland, Francia elaboraría una estrategia encaminada a tal efecto, creando, por ejemplo, la *France – New Zealand Friendship Fund*, que ayudaría, entre otras cosas, al proceso de restitución de *toi moko* de Rouen (Dias 1989). Si la *diplomacia del coleccionismo* había alentado la salida de tales objetos, la *diplomacia de la devolución* los restituiría. Aunque a su vuelta —se podría argumentar— tales objetos poco tenían que ver con los que abandonaron las islas dos siglos y medio antes.

A modo de conclusión

Durante el presente trabajo hemos analizado los itinerarios dibujados en la historia por determinados objetos. Los sucesivos contextos políticos e internacionales los han ido alumbrando de diferentes, a veces antagónicos, sentidos. Sorprende todavía comprobar cómo el objeto —con su característica invariancia material— puede ser contemplado de tan diferentes maneras a lo largo del tiempo o el espacio. Como si su sentido dependiera, como en el valor de cambio de las antiguas monedas, de las diferentes relaciones entre pueblos o territorios. Los propios maoríes o las naciones europeas parecen contradecirse históricamente a través de estos materiales, alternativamente cambiándolos y reclamándolos, fabricándolos y enterrándolos, coleccionándolos o devolviéndolos.

Pero ello no es sino una de las más características pautas del patrimonio: su labilidad. El patrimonio nunca es sólo material, lo dotamos de diferentes significados según los contextos, los intereses y las atribuciones del momento. Por ello ha supuesto una fundamental herramienta de relaciones diplomáticas, porque al simbolizar diferentes anhelos y cubrir diversas necesidades, viene a regular los contactos entre culturas o naciones. Pero ello, advertimos, no ha de hacer que el observador caiga o en el más estéril relativismo o en el más inmóvil esencialismo cultural. Al contrario, es labor del especialista poner de relieve los divergentes y nunca definitivos sentidos que en la historia se les ha otorgado a determinados objetos: desvelar los usos para los que fue creado, los deseos que escondían su colección o, finalmente, los intereses que se ocultan bajo su restitución.

Referencias bibliográficas

Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflection on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.

Appadurai, Arjun. *The Social Life of Things*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511819582>

Auckland Starr. “Mr Reischek’s Loss”, 23-VIII-1888.

Auckland Starr. “Dominion Museum Conference Sitting. Exchange of Curios”. 3-XI-1926, 3.

Auckland Starr. “N.Z. Should Claim These Maori Relics”, 8-IX-1945, 8.

Belich, James. *Making Peoples. A History of the New Zealanders. From Polynesian Settlement to the End of the Nineteenth Century*. Auckland: Allen Lane Penguin Press, 1996.

Belich, James. *Paradise Reforged. A History of the New Zealanders. From the 1880’s to the year 2000*. Honolulu: University of Hawai’i Press, 2001.

Bennett, Tony. “The Exhibitionary Complex”. *New Formations*, n. 4 (1988): 73 – 102.

Buller, Walter Lawry. *A History of the Birds of New Zealand*. London: John Van Voorst, 1873. <https://doi.org/10.5962/bhl.title.50671>

Burón Díaz, Manuel. *El Patrimonio recobrado. Museos indígenas en México y Nueva Zelanda*. Madrid: Marcial Pons, 2019.

Butts, David James. “Māori and Museums. The Politics of Indigenous Recognition”. Tesis doctoral, Masey University, Palmerston North, 2002.

Clifford, James. *The Predicament of Culture: Twentieth-century Ethnography, Literature and Art*. Cambridge: Harvard University Press, 1988. <https://doi.org/10.2307/j.ctvjf9x0h>

Cook, James. *The Voyages of Captain Cook Round the World*. London: William Smith, vol. I, 1842.

Dias, Nelía. “Séries de Crânes et armée de squelettes: les collections anthropologiques en France dans la seconde moitié du XIX siècle”, *Bulletins et Mémoires de la Société d’Anthropologie de Paris. Nouvelle Série*, 1 (3-4) (1989): 203 – 230. <https://doi.org/10.3406/bmsap.1989.2581>

Gellner, Ernest. *Nation and Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell Publishers, 1983.

- Gill, B. "The Cheeseman-Giglioli correspondence, and museum exchanges between Auckland and Florence, 1877 - 1904". *Archives of Natural History*, vol. 37, n.1 (2010): 131 – 149.
<https://doi.org/10.3366/E0260954109001697>
- Graham, Brian J. y Howard Peter (eds.). *The Ashgate Research Companion to Heritage and identity*. Oxford y New York: Routledge, 2008
- Gruzinski, Serge. 2005. "Nuevo Mundos, Mundos Nuevos. Bibliothèque des Auteurs du Centre".
<http://nuevomundo.revues.org/617>.
- Hobsbawm, Eric J. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Hobsbawm, Eric J. y Ranger, Terence O. (eds.). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- Hole, Brian. "Loose Notions About Heads?: The Repatriation of Human Remains in New Zealand". MA Archaeology Dissertation, Birkbeck College, Londres, 2006.
- Kolig, Erich. "Andreas Rischek and the Maori: Villainy or the Nineteenth-Century Scientific Ethos?". *Pacific Studies*, vol. 10, n. 1 (1986): 54 – 78.
- Latour, Bruno. *Ressembling the Social. An Introduction to Actor-Network Theory*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- Legget, Jane. *Restitution and Repatriation: Guidelines for a Good Practice*. Londres: The Museum and Galleries Comission, 2000.
- Macmillan Brown, John. *Maori and Polynesian. Their Origin, History and Culture*. London: Hutchinson & Co., 1907.
- Martínez, María Adoración, Bustamante, Jesús, López, Jesús, y Burón, Manuel. "Las controversias de los *materiales culturales delicados*, un debate aplazado pero necesario". *Ph. Investigación*, n. 2 (2014): 1 – 30, URL:
<http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4022> .
- McCarthy, Conal. "From Curio to Taonga: A Genealogy of Display at New Zealand's National Museum, 1865 – 2001". Tesis de doctorado, Wellington: Victoria University, 2004.
- McCarthy, Conal. *Exhibiting Māori: A History of Colonial Cultures of Display*. Wellington: Te Papa Press, 2007.
- Neich, R. y Davidson, Janet. *The Oldman Collection of Maori artifacts*. Auckland: The Polynesian Society, 2004.
- New Zealand Herald*. "Mr. Reischek". 15-II-1889, 3.
- New Zealand Herald*. "A Pioneer of Fiordland. Adventures of Andreas Reischek". 29-IV-1933, 4.
- New Zealand Herald*. "Native Birds". 26-XI-1938, 18.
- New Discoveries Concerning the World and its Inhabitants*. London: Printed by J. Johnson, 1778.
- Northern Advocate*. "Maori Relics Not to Be Retrieved". 7-X-1946, 5.
- O'Hara, Coralie. "Repatriation in practice: A critical analysis of the repatriation of human remains in New Zealand museums", Tesis de maestría, Victoria University of Wellington, 2012.
- Press*. "In the Southern Alps". 28-XI-1936, 28.
- Reischek, Andreas. *Yesterdays in Maoriland: New Zealand in the eighties*. Auckland: Wilson and Horton, 1930.
-

Reischek, Andreas. *Sterbende Welt: Zwölf Jahre Forscherleben in Neuseeland*. Leipzig: F. A. Brockhaus, 1924.

Robley, Horatio. *Moko; or Maori Tattooing*. London: Chapman and Hall, 1896.

Sarr, Felwine y Savoy, Bénédicte. *The Restitution of African Cultural Heritage. Toward a New Relational Ethics*. Documento remitido al presidente de la República Francesa, 23-XI- 2018.

Simpson, Moira G. *Making representations: museums in the post-colonial era*. New York: Routledge, 2001.

Smith, Laurajane. *Cultural Heritage: critical concepts in media studies and cultural studies*. London and New York: Routledge, 2007.

Smith's Weekly, 27-IV-1946

Taylor, Richard. *Te Ika a Maui or New Zealand and its inhabitants*. London: Wertheim and Macintosh, 1855.

Te Ao Hou. "Austria and the Maori People". X- 1958, 38.

Te Rūnanganui o Tahu. *Kōimi Tangata: Te Wamata o Ngāi Tahu e pā ana ki ngā Taoka Kōimi o Ngā Tūpuna*. Christchurch: Te Rūnanganui o Tahu, 1993

Tregear, Edward. *The Maori Race*. Wanganui: A.D. Willis Printer and Publisher, 1904.

Whanganui Chronicle. "Wanganui head was not displayed", 12-V-1986.

Recibido: 27 de junio de 2020

Aprobado: 22 de agosto de 2020